

militares y civiles, precedidos y seguidos de gentiles-hombres de palacio y de los arqueros de la guardia. Se observó que mientras los grandes personajes católicos se presentaron vestidos con el mayor lujo y magnificencia, llevaban los calvinistas los trajes mas sencillos, lo que excitó la cólera del pueblo, teniéndolo á desprecio de la ceremonia religiosa, y sobre todo del templo católico donde iba á celebrarse.

Se levantó delante de la puerta principal de la catedral un gran tablado, donde el cardenal de Borbon dió la bendicion nupcial al príncipe de Bearne y á Margarita de Valois, á presencia de la muchedumbre. Concluido el acto se separó el príncipe de la comitiva, mientras esta pasó al interior de la catedral á oír una misa solemne á que asistieron todos los católicos. Se quedaron los protestantes todos fuera paseándose en la plaza de la catedral, lanzando miradas de enojo y de desprecio sobre las efigies del atrio y demas adornos, que eran á sus ojos signos y emblemas de la idolatría. El pueblo que lo observaba se entregó á nuevos arrebatos de furor, y no cesaba de maldecir y escarnecer á los malditos hugonotes. No menciona la historia muchos ejemplos de un matrimonio celebrado de una manera tan extraordinaria. Si habia alguna duda de lo inamalgamables que eran, sobre todo entonces, los católicos y los calvinistas, debió de disiparla lo ocurrido durante aquella ceremonia.

Aquel día hubo un gran banquete y funciones extraordinarias dadas por la córte: al siguiente las dió la municipalidad de no menos lujo, magnificencia y aparato. Pocos preveían que eran precursoras estas fiestas de una catástrofe espantosa.

CAPITULO XLI.

Continuacion del anterior.--Agitacion de los partidos.--Horrible plan del católico.--Asesinato de Coligny.--Matanzas en Paris la noche vispera de san Bartolomé.--Continúan en los dias sucesivos --Se imitan en los demás pueblos de Francia.--Las aprueba y sanciona el rey.--Nueva insurreccion de los calvinistas.--Sitios de Saucerre y de la Rochela.--Conversion del rey de Navarra y del príncipe de Condé al catolicismo.--Eleccion del duque de Anjou por rey de Polonia.-- Parte á tomar posesion de la corona.--Muerte de Carlos IX.--Su carácter. (1)

1572—1574.

ANTES de pasar á los hechos, que son objeto de este capítulo, no estará de mas que volvamos la vista á los que llevamos mencionados. El favor que el partido calvinista disfrutaba hasta entonces en la córte, tenia mas de aparente que de sólido. Sin armarle un lazo como se creyó entonces, como se creyó despues, pudo muy bien Carlos IX considerar su conducta como necesaria para la pacificacion del reino: pudo muy bien la reina madre creer, que la convenia por entonces apoyarse en los calvinistas, para dominar á los católicos. Mas de esta conducta aconsejada por la politica, á la verdadera adhesion, á lo que se llama simpatia, hay una distancia enorme. Los calvinistas, que así se lo persuadieron, se mostraron demasiado crédulos, muy poco conocedores de las cosas y de los hombres. El primero en participar de este error fué el mismo Coligny, que presumió demasiado de su habilidad, y se creyó ya el árbitro de los destinos de la Francia.

Catalina de Médicis sin grandes principios, sin creencias muy sólidas, sin mas móvil en toda su conducta

(1) Las mismas autoridades que en el anterior.

que el ejercicio del poder, era una mujer demasiado astuta, para no tener fija siempre la vista en los dos campos. Conocía sin duda la importancia del calvinista; mas no se la ocultaban las fuerzas del católico. En lugar de pensar seriamente en hacer la guerra al rey de España, mantenía con él una correspondencia muy activa, y se disculpaba lo mejor que podía de los actos que eran objeto de acriminaciones por parte de Felipe. Atento éste á todo; en estrecha correspondencia con su embajador; en inteligencia con las personas mas influyentes del partido católico, pasaba por su protector, y por el enemigo mas encarnizado del contrario.

Coligny, que como ya hemos visto, se creía en la cumbre del favor y del poder, llevó su ceguedad hasta el punto de querer emancipar al rey de la reina madre, que era la que realmente gobernaba, como si estos lazos formados por la naturaleza, estrechados por el hábito y la misma necesidad, se pudiesen romper por medio de la intriga, y sobre todo, por quien tal vez era objeto de una secreta repugnancia. No fué difícil á Catalina conocer este juego del jefe de los calvinistas, motivo mas para separarse de ellos y acercarse al partido de los Guisas.

Mientras la corte permaneció en Blois, figuraba allí mucho el partido calvinista. Trasladada á Paris se absorbió casi en la inmensa mayoría católica exaltada, cuyo furor crecía á proporcion que se suponía en aumento el favor de que disfrutaban en la corte. Ya hemos visto, que la presencia de estos *malditos hugonotes*, hacia prorumpir al pueblo en expresiones de furor y de venganza. Es preciso conocer muy poco lo que son partidos en política, para no concebir las influencias secretas que daban pábulo á estos sentimientos de suyo ardientes y exclusivos. Los jefes católicos mas exaltados eran sumamente queridos de la muchedumbre, y el duque de Guisa, sobre todo, excitaba los mismos sentimientos de idolatría que su padre. Las noticias que circu-

laban en las plazas, en las calles, en todos los parajes públicos, del ascendiente que iba adquiriendo el hugonotismo en todas las provincias, estaban hábilmente calculadas para encender nuevos odios en la muchedumbre, para hacerles ver el peligro que el culto católico corría, si se toleraban por mas tiempo los enemigos de Dios y de sus santos.

Conocían muy bien algunos calvinistas previsores lo falso de su posición, y se llenaban de temores al ver la espantosa minoría en que se hallaban; mas otros, fiados en su favor con el rey, despreciaban á sus enemigos, y respondían á los gritos de cólera de la muchedumbre con amenazas y bravatas. Hubo muchos de entre ellos que vendieron sus haciendas, con objeto de lucirlo en Paris, y presentarse con todo esplendor en las fiestas y solemnidades de la corte; tan ciegos estaban con su aparente prosperidad, y poseídos de su gran valer, por lo mismo que los halagaban. Era Coligny entre todos el mas alucinado, con su presidencia del Consejo, y con las muestras de deferencia y de respeto por parte del rey, que le llamaba padre.

Si toda esta deferencia, si la conducta observada mas de un año hacia por la corte con el partido calvinista, fué una trama, un plan concebido de antemano para adormecerle, para atraerle á Paris, donde se pudiese acabar con él mas fácilmente; si se quiso coronar esta obra de doblez con un matrimonio, que precisamente habia de llamar á la capital tantas personas influyentes, lo mas florido de la hugonotería, se puede decir que era un proyecto tan diabólico como astutamente ejecutado. Mas de que la trama no venia de tan lejos, y sobre todo, de que no entraba en ella el rey de España, depone su correspondencia de aquel tiempo; deponen sus temores, sus sospechas, sus quejas de la conducta de Carlos y su madre. Y no olvidemos una circunstancia en corroboracion de lo que vamos indicando, á saber, que precisamente en estos tiempos, cuando se supone que la corte de Francia me-

ditaba tan grande alevosía, salia de este pais el conde Luis de Nassau á la cabeza de un cuerpo de franceses auxiliares, con el que se apoderó de la plaza de Mons, como lo hemos hecho ver á su debido tiempo. ¿Cómo pudieron llevar tan adelante la ficcion? ¿Cómo guardaron el rey Carlos y su madre una reserva tan inexplicable con el rey de España? ¿No estaban con él en inteligencia desde las conferencias de Bayona, sobre la necesidad de acabar con la secta calvinista? A confiarle su secreto, ¿no se hubiesen libertado de las inquietudes, del embarazo, en que naturalmente les ponian sus reclamaciones?

Todo pues contribuyó á juzgar, que si en el favor dispensado al partido calvinista hubo su cálculo, y falta de sinceridad, no iba envuelto un plan de alevosía. Las cosas habian llegado á un punto tal, que sin necesidad de proyectos concebidos de antemano, era inevitable un conflicto entre partidos, entre opiniones, entre creencias que mutuamente se rechazaban y excluian. Por una parte el odio de la poblacion de Paris hácia los hugonotes, con tantos testimonios expresado; por otra la desconfianza que comenzaba á apoderarse de este partido, y las acusaciones que públicamente hacia de la perfidia y trato doble de la reina madre; aqui las intrigas de los jefes católicos, del embajador de España y del nuncio de Roma; allí la conviccion en que se hallaban los católicos ardientes, de que solo por el exterminio acabarian con los malditos hugonotes, todos fueron elementos del plan que se adoptó por fin, de recurrir á violentos medios, plan en que probablemente no fué impulsadora la corte, sino arrastrada por el movimiento popular que otras manos dirigian.

La casa de Lorena, siempre violenta, siempre encarnizada contra los calvinistas, sobre todo contra el almirante, acusado del asesinato del duque de Guisa delante de los muros de Orleans, era la que estaba á la cabeza de toda esta muchedumbre fanática, que no respiraba mas que sangre. Enrique, nuevo duque de Guisa, hijo del

asesinado, ídolo del pueblo, habia entrado en conferencias secretas con los principales cabezas de motin, con los católicos mas ardientes de la municipalidad, prometiéndoles su cooperacion en el vasto plan de venganza y de exterminio. El horizonte se cubria de nubes que presagiaban una tempestad horrible. Sin embargo, no disminuia el favor aparente que los calvinistas disfrutaban en la corte, y Coligny vivia tranquilo, halagándose siempre con la idea de llegar un dia á ser el solo privado, director y consejero del monarca.

El dia 18 de agosto de 1572 se habia celebrado el matrimonio entre Margarita de Valois y Enrique de Navarra. Aquel dia y el 19 se pasó en regocijos y en festejos. El 22, es decir, cuatro dias despues, al regresar Coligny de palacio á su casa, á eso de las dos de la tarde, se le asestó un tiro de arcabuz desde una ventana, que le hirió gravemente en un brazo, llevándole al mismo tiempo dos dedos de la mano. El asesino, llamado Maurevel, dependiente del duque de Guisa, se evadió en el acto, saliéndose por una puerta de Paris, donde tenia un caballo prevenido que le puso con rapidez al abrigo de todas las pesquisas.

Produjo aquel tiro en una calle pública y en la mitad del dia, la misma impresion que el estampido de una tremenda tempestad en el silencio de la noche mas profunda. Para los católicos fué una voz de alarma, un grito de próxima pelea: para los calvinistas un anuncio del profundo abismo que ante sus plantas se entreabria. ¡Ya estaba descorrido el velo de sus ilusiones! Ya los Guisas habian perpetrado su gran acto de venganza, pues para nadie era un misterio que el arcabuz habia sido disparado por la mano de los Guisas. Mientras tanto se transportaba al almirante á su casa en brazos de sus servidores, y rodeado de un acompañamiento numeroso de sus correligionarios. Mostraba Coligny serenidad, mas prorumpiendo de cuando en cuando en exclamaciones contra sus enemigos, de quienes esperaba un pronto desagra-

vio; porque aquel anciano siempre crédulo, no sabía aún, en medio de aquel conflicto, cuán minado estaba el terreno que pisaba.

Recibió el rey la noticia del asesinato de Coligny con muestras de un grande enojo, y mandó hacer pesquisas para la aprehension del perpetrador y cómplices. Pasaba sin embargo á los ojos de la generalidad por sabedor con anticipacion del hecho, si no por su principal instigador: en cuanto á la reina madre, nadie dudaba de la connivencia. Los calvinistas la acusaban altamente, y sea que no creyesen inminente el peligro, sea que creyesen alejarle no presentándose como intimidados, echaban amenazas y se producian con su violencia acostumbrada. Envió el rey un recado á casa del almirante para informarse de su estado y manifestar el interés que le causaba. Los calvinistas, no satisfechos con este paso de atencion, exigieron que el rey le visitase, para dar así á entender la consideracion que le merecia su persona; demostracion inútil si Carlos IX estaba en el complot; inútil tambien si se urdia éste sin su conocimiento.

Accedió el rey á las pretensiones de los hugonotes, y acompañado de su madre, pasó á visitar al almirante la tarde de aquel mismo dia. Mostró el almirante agradecer mucho la visita, hablando al rey en términos muy respetuosos, mas profiriendo quejas sobre la alevosía de sus enemigos y lo mal que los capítulos del tratado de pacificacion estaban observados. Procuró el rey calmarle y sosegarle hablando en términos afables, prometiéndole pronta satisfaccion y rígida justicia. En los mismos términos le habló la reina madre, á pesar de que el almirante no disimuló lo poco satisfecho que estaba de su comportamiento. Ambos mostraron el mayor interés y deseo de su pronta cura, llevando su atencion hasta tocar y examinar la bala que habia causado sus heridas. «Gran fortuna es que haya salido afuera, señor almirante, dijo con este motivo Catalina, porque he oido que el difunto duque de Guisa hubiese curado

»de sus heridas á no quedar la suya dentro.» Cruelles palabras en aquellos momentos, cuando la herida de Coligny se consideraba como un acto de venganza por aquel asesinato de que se le acusaba.

Mientras tanto crecia en París la agitacion, y aquel tumulto sordo que precede al estallido de una tempestad, anunciada ya en los aires. Continuaban los conciliábulos del duque de Guisa con los jefes de la municipalidad y los católicos; se pronunciaba sin ningun disfraz el nombre de Maurevel, asesino de Coligny, y se sabia que en su fuga habia sido recibido con entusiasmo en muchas poblaciones, donde se jactaba de su accion, considerada como heroica, como altamente meritoria. Los calvinistas, agrupados por la mayor parte en derredor de la casa de Coligny, se mostraban armados en ademan hostil, y no cesaban en sus amenazas de tomarse la venganza por su mano si el rey no se la hacia. Daba Carlos IX todas las muestras de mirar este asunto con calor, y habiéndole enviado á decir el almirante que se notaban síntomas de cierta efervescencia, le envió un piquete de los arqueros de su guardia para el resguardo de su casa.

El 23 hubo un consejo privado y secreto en las Tullerías, convocado por la misma reina madre. Allí se trató seriamente de dar apoyo al golpe de mano que se meditaba. En la trama estaba el duque de Anjou, hermano del rey, y ademas de los Guisas, que pasaban por motores, los principales señores de la corte que se tenian por católicos mas exaltados. Estaba decidida la reina madre á proteger un movimiento popular que iba á ser la ruina de los calvinistas. El rey titubeaba todavía; mas su madre le hizo ver que siendo el golpe inevitable, quedaria nula y desairada su autoridad si los buenos católicos de París tomaban la venganza por su mano sin contar con el monarca; razon plausible, que le hizo impresion y promovió su asentimiento. Mas para los que entonces eran de opinion, y lo son todavía, de que era la misma corte la que concitaba las masas contra el partido calvi-

nista, no hubo tal vacilacion é incertidumbre; al contrario, fué el rey quien convocó el consejo á fin de organizar el movimiento.

Las medidas se tomaron en efecto. Al principio de la noche del 23 al 24, se avistó por última vez el duque de Guisa con sus asociados, y les avisó que lo preparasen todo para aquella noche misma. Se reunió la municipalidad, se distribuyeron armas, se asignaron los puestos, se dispusieron todos á consumir el plan de venganza que tanto tiempo hacia llevaban en sus corazones. En cuanto á los calvinistas, aunque estaban muy sobre sí, hasta el punto de pensar sériamente en salir de París como punto mal seguro, no advirtieron los movimientos de aquella noche, ó no les dieron la importancia que tenían; y cuando ya estaba para sonar la hora de sangre y de matanza, se retiraron tranquilos al cuartel ó barrio que les estaba asignado por alojamiento.

Fué la casa del almirante la primera acometida por el mismo duque de Guisa, el de Anjou y otros personajes acompañados de asesinos. Los príncipes se quedaron en el zaguan mientras subian los segundos precedidos por un tal Behem, muy partidario de los Guisas, casado con una hija bastarda del cardenal de Lorena. Los arqueos que guardaban la casa del almirante, fueron de tan poco auxilio, cuanto su jefe, católico exaltado, iba con los mismos asesinos. Cuando sonaba la gran campana, señal de dar principio á la matanza, estaba leyendo al almirante su capellan algunos pasajes de la Biblia. Al oír el ruido con que habia sido forzada la puerta de su casa, y el estruendo de los que subian la escalera, se armó de serenidad; se vistió aprisa, como mejor pudo, y se apoyó en una pared del aposento. Muy pronto dieron golpes los asesinos á la puerta de su habitacion, diciendo con voces descompasadas que la abriesen. El criado que lo hizo en efecto por mandato de Coligny, fué asesinado en el momento. Entonces se avanzó Behem pálido, desgreñado, y le dijo con voz ronca: «¿No eres tú Coligny?»

«El mismo soy, respondió el almirante, y tú, jóven, deberias tener mas respeto á las canas de un anciano; mas cualquiera que sea tu intencion, pocos son ya los dias de que me puede privar un asesino.» A estas palabras se echó Behem sobre él, y le despachó al momento, ayudado de sus compañeros. Mientras tanto el duque de Guisa, que se habia quedado abajo, daba voces diciendo: «¡Behem! ¿Has despachado?» «Sí», respondió el otro saliendo á la ventana. «Pues entonces, repuso el duque, arrójanos acá el cadáver, para que estos señores se convenzan de que es el muerto el almirante.» Así lo ejecutó Behem, y el cadáver de Coligny cayó precipitado en el patio todo ensangrentado. Para reconocerle mejor le lavaron el rostro; y cuando á la luz de una linterna vieron que en efecto era Coligny, le dió una patada el conde de Angulema, bastardo de Enrique II, diciendo: «Asesino del duque de Guisa, la has pagado (1).»

Con el asesinato de Coligny se dió principio á la matanza de los hugonotes. Para disipar las tinieblas de la noche, se pusieron luces en todas las ventanas. Dió la señal la gran campana de la casa de la ciudad, é inmediatamente se vió la muchedumbre armada dirigiéndose al barrio de los calvinistas y á las demas casas de los personajes de esta secta, que todos conocian. La señal con

F (1). No sabemos si Voltaire anduvo feliz en la alteracion que de este pasaje hizo en su poema (La Henriada). Supone que los asesinos de Coligny, sobrecogidos con su aspecto venerable, y sobre todo con sus palabras, se echaron á sus piés, sin atreverse á dar el golpe: que Behem (le llama Besme), que aguardaba en el patio, impaciente con la dilacion, subió apresurado, y al ver á los asesinos inmóviles, se precipitó sobre el almirante, acabándole en el acto. Mas quien aguardaba abajo era el duque de Guisa, y el que subió á perpetrar el asesinato el mismo Behem, ó sea Besme. Por supuesto el asombro ó inmovilidad de los asesinos, es una creacion del poeta; mas es imposible que en actos de esta especie no discrepen las narraciones sobre ciertas circunstancias. Lo sustancial del hecho es que Coligny, hallándose en su casa herido, fué asesinado por impulso del duque de Guisa, su enemigo mortal, que le consideraba como el asesino de su padre.

que los católicos se distinguían, era un pañuelo blanco atado en forma de cruz sobre el sombrero. Fueron los protestantes cogidos de sorpresa, asesinados unos en su cama, otros á medio vestir y levantándose, quiénes haciendo resistencia, quiénes cayendo desarmados como víctimas en un sacrificio, otros despavoridos corriendo por las calles sin saber á dónde, buscando refugio en los pórticos de las plazas, de las iglesias, en el mismo Louvre; por todas partes eran inmolados sin misericordia. Los gritos de la muchedumbre enfurecida, los quejidos y ayes de los moribundos, el estampido de los arcabuces, el sonido de las campanas que tocaban á rebato, no podían menos de imprimir terror y espanto en tan horrenda noche. Los principales personajes del partido católico, daban el ejemplo de ferocidad á la plebe fanática, sedienta de horrores y de sangre. El mariscal de Tavannes recorría las calles gritando: «Sangrad, sangrad: segun dicen los médicos, la sangría es tan saludable en agosto como en mayo.» Los Guisas, despues de despachado á Coligny, buscaban nuevas víctimas, y saciaban la saña que profesaban á los calvinistas.

No suspendió la mañana el furor de la matanza. Con la luz del día se vieron, se buscaron mejor los que ocultaban las tinieblas. Todos los encontrados cayeron al hierro y fuego de los asesinos. Las calles, los muelles del río, se iban llenando de cadáveres. Muchos de ellos fueron arrojados al Sena, cuyas aguas iban enrojecidas con la sangre: los que no perecieron en las calles, cayeron en sus casas: los que buscaron asilo en el palacio del Louvre, fueron fría y bárbaramente asesinados por los arqueros y alabarderos de la guardia. A la matanza siguió el robo y el saqueo. En la mañana, y en casi todo el día 24, fué París teatro de confusión, del desorden mas horrible. Las mismas autoridades civiles que habían dado impulso al movimiento, temblaron al ver el carácter espantoso que iba ya tomando, y trataron de poner un freno á la ferocidad; mas no estaba todavía la muche-

dumbre saciada de matanza. Duraron los asesinatos y el robo todo el día; los hubo hasta el siguiente. Solo el cansancio y la fatiga desarmaron los brazos de las turbas, sucediendo al ruido espantoso de la destrucción, el silencio del sepulcro.

Estuvo el rey en vela toda la noche en compañía de su madre y otros personajes, testigo silencioso y mudo, segun unos, de lo que pasaba; actor, segun otros, en aquella horrible escena, hasta el punto de hacer fuego con su arcabuz sobre los calvinistas desde uno de los balcones de palacio. Cualquiera de las cosas que haya sido, no hay duda de que tomó sobre sí la responsabilidad toda del acto, y se dió como el principal impulsador de la matanza. El día 26 salió en público con su madre y una corte muy lucida, y paseó como en triunfo las calles y plazas sembradas de cadáveres. La muchedumbre acogió al rey con los arrebatos del mas fervido entusiasmo; jamás fué tan popular como aquel día. Se manifestó el rey como satisfecho de la lealtad del pueblo que había libertado á la nación de sus implacables enemigos. Quiso ver el cadáver de Coligny que estaba colgado por un muslo de un poste en la plaza de Montfaucon, y le insultó con frases chocarreras. Las mismas damas de la corte examinaron con atención los cadáveres desnudos, haciendo observaciones que no se creerían hoy; tanto difieren aquellos tiempos á los nuestros (1).

Tal fué la matanza de San Bartolomé, tan célebre en la historia, y en cuyo acontecimiento nos hemos extendido algo mas que de costumbre, para hacer ver el carácter de aquellos tiempos, en que el libertinaje iba unido á la superstición, y el desenfreno del vicio á toda la ferocidad del fanatismo. Las jornadas de San Bartolomé

(1) A oui dire par les demoiselles de Catherine, «que les dames de la suite du roy consideroient toutes les parties du corps des gentils-hommes huguenots, et jugeoient par certains objets quelle etoit leur force au jeu d' amour.»—Memorias de Brantome.